

VIGILIAS DEL ESTIO.

PROSPECTO.

¡Cuán serena y pacífica levanta
Su modesto fanal la tibia luna,
Y con sus tintas de misterio encanta
Cuanto debajo de su faz se aduna!

¡Cuánta bella ilusion nos aparece
En la estension del campo solitario,
Que se acerca ó se vá, que mengua ó crece,
Al soplo inquieto del ambiente vario!

¡Oh! tras el sol de perezoso dia
De Julio abrasador, que el alma enerva
Cuando en lugar de luz rayos envia
Que agostan flores, árboles y yerba.

Se ensancha el corazon: el alma sube
Del entusiasmo en alas, y se encumbra,
Y de astro en astro vá, de nube en nube,
Hasta que clara inspiracion la alumbrá.

Y esa es la mia: en la nocturna vela
De Julio ardiente, el pensamiento mio
Con noble inspiracion se encumbra y vuela;
Y estas son mis *Vigilias del Estio*.

Nada profano hay en ellas,
Lector, no hay en sus renglones
Mas que viejas tradiciones
Y acaso fábulas bellas.

No tienen mas intencion
Que hacer humilde memoria
De nuestra pasada historia,
De nuestra fé y religion.

Y abrevio anuncios prolijos.
Lector, dar puedes en suma
Cuanto salga de mi pluma
A tu mujer y á tus hijos.

¡Fálteme la luz del sol
Si algo *impío* ni *extranjero*
Que haya en mis escritos quiero,
Que al cabo nací español.

JOSE ZORRILLA.

A MI AMIGO

D. CARLOS LATORRE.

EL TALISMAN.

LEYENDA TRADICIONAL.

INTRODUCCION.

Adora el pobre Genaro
A la hermosa Valentina,
Correspóndele ella fina,
Pero les cuesta bien caro.

Porque entre ambos á dos media
Viejo y celoso un tutor,
Y al cabo vendrá su amor
A concluir en tragedia.

Pues en la audiencia togado,
Y poderoso en la corte,
No hay empresa que no aborte
Como en ello esté empeñado.

Toda Sevilla respeta
Su ciencia, y temo su enojo:
Que el viejo es hombre de arrojo,
Y no hay quien le ponga meta.

Con fama de rectitud,
Y harto hipócrita exterior,
Es un hombre superior
En justicia y en virtud.

Tal vez le odia la nobleza,
Y el populacho le acata,
Que es de cuna (hablando en plata)
Columpiada en la bajeza.

Y á su génio emprendedor,
Y á su ingenio y travesura,
Debe el verse en tal altura
Y gozar tanto favor.

Tal es el hombre que tienen
Por enemigo estos mozos,
Y que agua todos sus gozos,
Mas con su suerte se avienen.

Y ellos á amarse constantes,
Y él á perseguirles fiero
Nadie cederá primero,
Ni el tutor, ni los amantes.

Mas pobre el mozo y altivo,
Rica Valentina y bella,
Y el tutor prendado de ella...
Mala esperanza conciba.

Cuanto nuevas ocasiones
Imaginan los mancebos,
Tanto el tutor halla nuevos
Estorbos y precauciones.

Si abre la niña una reja
Y el aya avizor elude,
Luego á cerrársele acude
La cólera de la vieja.

Si al volver del arenal
Por desgracia se hace noche,
La llevan dentro del coche,
Pero lejos del cristal.

Y en vano es que la sofóque
Todo el calor de Sevilla,
No haya miedo que el golilla
Junto al vidrio la coloque.

Jamas del uno se aparta;
Ni deja al otro la dueña,
Que puede hacer una seña,
O arrojar alguna carta.

Pero por mucho que avaro
La guarda el viejo y la esconde,
No encuentra lugar en donde
Ocultarla de Genaro.

A cada paso en secreto
Muda casa, mas se aburre
Pues por mucho que discurre
Jamas consigue su objeto.

Y cuando mas se imagina
Seguro en algun rincon,
Alcanza desde un balcon
A Genaro en una esquina.

Tal cariño, vive Dios,
En Valentina le asombra;
Luego el mozo es una sombra
Siempre de ella y dél en pos.

Y no hay miedo de ahuyentarle,
Pues son inútiles trazas
Las súplicas y amenazas
Con que ha querido ganarle.

De sus amagos y ofertas
Sin temor y sin deseo,
Pónele el mozo bloqueo
Por ventanas y por puertas.

Imposible es libertarse
De sus tretas y asechanzas;
Las mas justas esperanzas
No llegan á realizarse.

Con negra intencion traidora
Y de su toga al amparo,
Piensa el golilla en Genaro.
Mas Valentina le adora.

En vano el audaz tutor
Osó una tarde de hinojos
Con lágrimas en los ojos
Decirla su torpe amor.

En vano el viejo iracundo
Al oír una repulsa
Juróla con voz convulsa
Por cuanto hay santo en el mundo,

No descansar un instante
Hasta que á su amor sucumba,
O abrirla una misma tumba
Con su aborrecido amante.

Todo fué en vano: la bella
Valentina enamorada
Cada vez mas empeñada
Siguió sin temor su estrella.

Y un dia y otro pasaba
Y siempre que él la pedía
Respuesta á su amor, oía
Un *no* que nunca variaba.

Y así en amarse constantes,
Y él en perseguirles fiero,
Nadie cederá primero,
Ni el tutor, ni los amantes.

Mas pobre el mozo y altivo,
Rica Valentina y bella,
Y el tutor prendado de ella...
Mala esperanza concibo.

Así adora el buen Genaro
A la hermosa Valentina,
Mas el pagarle tan fina
Tal vez le cueste muy caro.

I.

Poseia no lejos de Sevilla
El tutor una quinta retirada
Y alegre á maravilla,
De olivos y naranjos rodeada,
Con un fresco jardín embellecida,
Con prolijo primor enriquecida
Y por Guadalquivir fecundizada.

Aquí, cansado de sufrir desvíos
De Valentina hermosa,
Pensó acabar con sus amantes brios
En estrecha prision larga y penosa.
La niña temerosa
A sus solas lloró su desventura,
Mas cobró en su retiro fortaleza
La fé de su pasión, y mas segura
Ahondó raíces con mayor firmeza.
Cada día el tutor mas apretaba
La molesta estrechez en que yacía,
Pero mas firme cada vez la hallaba
Y mas enamorada cada día.

Y á través de las rejas
A su Genaro enviaba Valentina
Sus amorosas quejas,
En alas de la errante golondrina
Que colgaba su nido
En el hueco roído
De unas paredes viejas;
Teniendo en su prision por compañeros
Los pájaros del aire
Y el rumor de los céfiros ligeros.

Mas ¡ay! en vano, en vano noche y día
A Genaro en sus rejas esperaba,
Genaro no venía,
Que su cuita y su cárcel no sabia,
O su amor y su cárcel olvidaba.

Cansados de llorar sus bellos ojos,
Pálidas con el llanto sus mejillas,
Y el coral mustio de sus labios rojos
Oyen tan solo el ¡ay! de sus enojos
Las lejanas estrellas amarillas:
Y á manos de su duelo y amargura
Se marchita su cándida hermosura.

Mansa una noche y silenciosa estaba:
Radiaba en ella espléndida la luna
Y su diáfana luz reverberaba
En el terso cristal de la laguna.
Gozábanse los ojos á lo lejos
Por la estension del campo solitaria
En la varia ilusión de sus reflejos,
Que iluminaban la campiña varia:
Y allá se distinguía
Por la fértil llanura
Del granado y naranjo la verdura,
Y el campo igual, voluble y amarillo
De la pajiza mies ya sazónada,

Y mucha parte en haces preparada
Para el áspero trillo,
Que de la caña inútil
Va á separar el grano
Ausiliado del céfiro villano.
Lloraba como siempre su destino
La niña enamorada,
Los ojos de Sevilla en el camino,
Y en su Genaro el ánima estasiada:
Y así con triste acento
Daba sus ayes al nocturno viento:

—“Triste de mí que lloro
“Sin que mis ayes lleguen
“Al corazón que adoro!
“Triste de mí que me lamento en vano!
“Paloma cuyo arrullo dolorido
“Llama á su blanco esposo, que ha caído
“De oculto cazador bajo la mano
“Muy lejos de su amor y de su nido.
“Triste de mí que imploro
“Ayuda de quien amo,
“Y sordo á mí reclamo
“Aun si me escucha ignoro!
“Triste, triste de mí, que á solas lloro,
“Sin que mis ayes lleguen
“Al corazón que adoro!”

Y aquí llegaba de su amarga queja,
Cuando á través de la cruzada reja
Y entre la sombra oscura
Que el olivar cobija en su espesura,
Cual blanca aparición consoladora,
Llegar bajo sus rejas vió á deshora
Recatada de un hombre la figura.
Latió su corazón al percibirle
Con doble libertad y doble vida,
Y entre sus hierros con afán asida
Los brazos le tendió por recibirle,
Que ya la dijo el corazón bien claro
Que aquella aparición es su Genaro.

VALENTINA.

¡Cuánto por verte suspiré, amor mio!

GENARO.

¡Y yo cuánto corrí por encontrarte!

VALENTINA.

Yo no pensaba mas que en tu desvío.

GENARO.

Y yo en nada pensé mas que en salvarte.

VALENTINA.

¿Me amas, Genaro, aún?

GENARO.

Mas que á mi vida,
Mas que al ambiente que á tus piés respiro,
Diérala alegre yo por bien perdida
Por ahorrarte ¡mi bien! solo un suspiro.

VALENTINA.

¡Pobre Genaro! ¡y yo que imaginaba
Que tu amor hácia mí se amortiguaba!
¡Ah! perdona, Genaro, mi locura;
No fué desconfianza en tu cariño,
Fué mi desolación, fué mi amargura.

GENARO.

¡Oh Valentina mia!
Si no me amaras tú cual yo te adoro,
No acertara á vivir un solo día.
Tú eres mi luz, mi suerte, mi tesoro:
Tú, Valentina bella,
Eres la blanca estrella
Que mi esperanza por la tierra guía.
Sí, tras de tí camino noche y día
Postrándome á besar tu casta huella.

VALENTINA.

Ni yo puedo sin verte
Pasar, Genaro, en soledad mi vida,
Y si ha de ser sin tí, venga la muerte,
Que yo la doy también por bien perdida
Si no la he de gozar para quererte.

GENARO.

Pues bien, si no hay fortuna
Sin mi amor para tí, ni lisongera
Sin mí no alcanzas existencia alguna,
Huye conmigo á la ocasión primera.
Mil veces ¡ay! propuesto te lo hubiera
Si mi contraria suerte
Mas venturoso porvenir me abriera.
Yo nada puedo darte,
Nada puedo ofrecerte,
Mi Valentina, mas que idolatrarte,
Y amarte como á Dios hasta la muerte.
Harto, hermosa, lo lloro,
Mas tal es mi fortuna á pesar mio
Y mi destino tal; vivo y te adoro,
Y de la suerte con tu amor me rio.

VALENTINA.

Sí, bien dices, Genaro,
Tienes razón, mi corazón es tuyo.
De mi tutor avaro
En la ocasión primera
Libre, contigo donde quieras huyo.

GENARO.

¡Oh! tal resolución. . . .!

VALENTINA.

Genaro mio,

Ya no puedo arrostrar mi desventura.
Callártela quería,
Mas imposible es ya, porque desgarrar
Tan amargo pesar el alma mia.
Sabe, Genaro, que el infame viejo
No satisfecho con gozar mi herencia
Que administra sin tino y sin consejo,
Aun tiene la insolencia
De ofrecerme un amor que me destroza
Las entrañas de rabia y de pavora;
Y paga mis desaires con usura,
Y en mis pesares con furor se goza.

GENARO.

¡Esto, cielo piadoso,
Me faltaba no mas! ¡ah! pronto, huyamos;
Aun me quedan amigos
Que pobres como yo, pero valientes,
De mi pesar y de mi amor testigos

Aun querrán ayudarme diligentes.
¿Hay alguna ventana
Que al campo dé, sin rejas que la guarden?

VALENTINA.

Una hay, pero es, Genaro, empresa vana,
Porque es de un aposento
Cuyo paso me impide gruesa puerta,
Que solo cada día, y un momento
Se vé una vez por mi tutor abierta.

GENARO.

No importa, dí cuál es, que ya habrá medio
De romperla ó abrirla,
Que á todo estoy resuelto y decidido.

VALENTINA.

Desde ese estanque puedes percibirla.

GENARO.

Sin entrar al jardín puedo escalarla,
Y si me aguardas tú junto á esa puerta,
Yo medio inventaré de franquearla.

VALENTINA.

¡Oh! sálvame Genaro!
Por amor de tu madre, si la tienes,
Por cuanto tengas en el mundo caro.

GENARO.

Sí, Valentina, si en mi amor confias
Mañana mismo en la callada noche
O á manos, sí, de las industrias mias,
O á la fuerza si no salvarte espero.
Conozco á un capitán de una fragata,
Amigo fiel y noble caballero,
Que á bordo admitirá dos desluchados:
Y el suelo de la Italia protectora
Se abrirá á dos amantes espatriados;
Que á la Italia arribar será en buena hora.
Daránme allí mi espada ó mis pinceles,
O la honrada fortuna del soldado,
O la fortuna espléndida de Apelles:
Que todo con tu amor será sobrado.
Soy en esto una llave, y percibiendo
Por las junturas, luz de una ventana,
Fuese Genaro á la espesura huyendo,
Diciéndose los dos “hasta mañana.”

Quien en el cuarto entró de Valentina
Fué su tutor, el juez, porque Genaro
Acechando á favor de la espesura,
En la ventana vió clara y distinta
Aparecer del viejo la figura.
Vióla tender los brazos,
Y cerrar las vidrieras,
Y la luz interior ir á pedazos
Menguando al entornarse las maderas.
Vió la luz á través de las junturas
Largo tiempo brillar, y oyó acercándose
La voz del juez inteligible apenas,
Ora con voces de dureza llenas
Creciendo, ora en murmullos apagándose.
Oyó á la niña replicar á voces,
Y otras quejarse y prorumpir en llanto.

Mas no entendió por mas que estuvo atento
Lo que dentro pasó del aposento.
Mil veces quiso de su escucha en tanto
Su secreto romper sin miramiento;
Mil veces al oír de Valentina
El angustiado acento,
Su corazón anduvo
Entre el miedo y la cólera indeciso,
Y al jardín de saltar tentado estuvo
La mansion asaltando de improviso.
Quedó en silencio al fin el aposento,
Faltó la luz de adentro, y no escuchando
Llanto, ni voz, ni paso, ni gemido
El infeliz galán, fuese alejando,
Recordando el acento dolorido
Con que su amada hermosa
Le dijo congojada y afanosa:
"Ay, sálvame, Genaro,
Por amor de tu madre, si la tienes,
Por cuanto tengas en el mundo caro!"
Y á este recuerdo los amantes ojos
Tornando á la ventana,
"Sí, dijo el triste, volveré mañana."

II.

Está la siguiente noche
Encapotada y oscura,
Veladas entre nublados
Las estrellas y la luna.
Yace la quinta en silencio,
Y no penetra ni alumbra
El resplandor mas escaso
De alguna lámpara turbia,
Ni de una puerta el encaje,
Ni las estrechas junturas
De una ventana, que en sombra
Todo en redor se sepulta.
Oyese solo el murmullo
Con que en las ramas susurran
Las ráfagas desiguales,
Que los olivares cruzan.
De la chicharra el chirrido
Allá á lo lejos se escucha,
Que la tormenta vecina
Con áspero canto anuncia:
Y el eco sordo y lejano
Del trueno, que en las alturas
De nube en nube se arrastra,
De nube en nube retumba.
Allá en el negro horizonte
Por do la tormenta surca
De cuando en cuando un relámpago
Se inflama con luz sulfúrea.
Y á su esplendor fugitivo
Se aclaran en la llanura
Cuantos objetos la llenan
En muchedumbre confusa.
La media noche sonaba,
Y comenzaba la lluvia,
Cuando dejaba Genaro

Del olivar la espesura,
Seguido de dos mancebos
Que hicieron su causa mútua,
Resueltos á poner cabo
A la mas árdua aventura.
Valientes como él son ambos,
Y como él desde la cuna,
Sin mas apoyo en el mundo
Que su espada y su bravura;
Sin mas porvenir que el tiempo,
Ni otra hacienda que la tumba,
Mas dignos como él entrambos
De mas pródiga fortuna.
Con cautelosa prudencia
Pisando la tierra húmeda,
Hasta el estanque llegaron
Que con la casa se junta.
Sobre él daba un ventana,
Ni baja, ni á tanta altura
Que no pudiera salvarse
Aunque difícil y mucha.
Aquí soltando su capa
Y colgando á su cintura
Sus preparadas pistolas,
Genaro un punto calcula
Con la distancia, sus fuerzas,
Se empina, se encoje, duda,
Y avalanzándose osado
Salta por fin y se oculta.
Quedó otra vez en silencio
La escena en la sombra muda,
Y afuera los dos amigos
No oyen por mas que escuchan.
En tanto á solas Genaro
En las tinieblas procura
Dar con puerta que le guie
A encontrar con lo que busca
Dentro de su pecho late
Con agonía profunda
Su corazón, á quien negros
Presentimientos asustan.
Las solitarias estancias
El ruido menor no turba,
Ni escasa las ilumina
La lamparilla mas mustia.
El aire que á bocanadas
Por los aposentos zumba,
Y que la cara le azota,
Claramente le asegura
De que las puertas abiertas
Están; y parece en suma
Que está desierta la quinta,
Y su esperanza difunta.
Llamar á veces intenta
A los de fuera en su ayuda,
Mas teme engañarse, y teme
Que sus voces le descubran.
Con planta perdida mide
Toda la estancia que ocupa,
Todas las paredes toca,
Todos los techos calcula.
Dió al fin con un picaporte:
Alzale con tiento, empuja,

Cede la puerta, y á tientas
Pasa el dintel, y ¡oh ventura!
Por una abierta ventana
Se asoma, y mucho se ofusca,
O es la del mismo aposento
Que á su Valentina oculta.
Sí, reconoce las rejillas,
Y la encrucijada curva,
Que hasta el olivar conduce,
Y que protejió su fuga
Cuando en la noche anterior
En su visita nocturna,
Sus pláticas la llegada
Del tutor rompió importuna.

¡Mas cómo allí no le espera
Su amor? ¿será que rehusa
Valentina el pronto amparo
Que de él invocó en su angustia?
Valentina, ¿dónde estás?
¿No me conoces? pregunta
En la oscuridad Genaro:
Mas su corazón se turba,
Y sus rodillas flaquean,
Y de desconsuelo suda
Al ver que su voz no tiene
Correspondencia ninguna.
¡Valentina mía! esclama
Con desolada amargura,
¡Valentina mía! . . . y solo
Mía los ecos retumban.
Los brazos tiende en la sombra,
Y se avanza á la ventura,
Mas nadie se arroja en ellos,
Nadie le responde nunca.
Brilló un relámpago acaso,
Y á su pálida y sulfúrea
Llamarada, hirió un objeto
Sus ojos, que el llanto arjuba.
Tendió las manos al sitio
Dónde le vió, y ropas húmedas
Tocó de un lecho, y un brazo
De mujer.—Le asió convulsa
Su mano. . . ¡Dios infinito!
¿No hay un rayo que reduzca
Un desdichado á ceniza
Cuando tal cáliz apura?
Aquel brazo frío asiendo
El cuerpo á que se une busca,
Mas al arribar sus manos
A la garganta desnuda,
Cayó Genaro en el suelo
Sin sentidos que le acudan,
Porque no halló la cabeza
Al tronco sangriento junta.

Pasaba en tanto la noche
Y el agua caía á mares,
El espantoso nublado
Se abre la tierra rasgándose.
Consados ya los amigos
Dijeron á Genaro de esperarle,

Y viendo que el tiempo corre,
Y de la quinta no sale,
Por la ventana treparon
En voz prudente llamándole.
Mas viendo con harto asombro
Que no les responde nadie,
Asiendo de una linterna
Que al caso dispuesta traen
Diéronla luz y se entraron
El aposento adelante.
Todos estaban desiertos;
Todas las puertas sin llaves;
Todo por tierra en desórden
El ostentoso mueblaje;
Muchas cerraduras rotas,
Y rotos muchos cristales.
Todo mostraba en la quinta
De algun reciente pillage
O algun siniestro atentado
Las evidentes señales.
Mas ¿cuánto fué de los inozos
El horror de intenso y grande,
Al dar tras de pocos pasos
En un cuarto donde yace
Genaro tendido en tierra
Y el suelo nadando en sangre,
Y en una alcoba en un lecho
De una mujer el cadáver!
El cuadro de su ignominia
Si les achacan el lance,
Fué la idea que en su mente
Vino primero á aclararse.
No era el amor de Genaro
Allí lo mas importante,
No era su vida ó su muerte
El resultado mas grave:
Era su honor, pues si al cabo
Por ladrones les tomasen,
Pagáran en un patíbulo
Lo que en sus almas no cabe.
Asieron pues de Genaro
Por un resto bien laudable
De una amistad generosa,
Mas que de poco les vale:
Porque no bien se inclinaron
En brazos para elevarle,
(Pues ni se mueve ni alienta)
Cuando á las voces de ¡infames!
De ¡asesinos! y ¡ladrones!
¡A ellos! ¡prenderles! ¡matarles!
El aposento asaltaron
Domésticos y jayanes,
Con hoces y podaderas,
Con asadores y sables.
Sin que pudieran valerse
La multitud de ellos ase,
De maldiciones é injurias
Y de improperios llenándose.
El crimen lamentan unos,
Claman otros por vengarle,
Y por do quiera retumban
Rezos, juramentos, ayes.
Volvió Genaro á la vida

Con el tumulto un instante;
Cercáronle al punto todos,
Y él, que ni entiende, ni sabe
Lo que pasa en torno suyo,
Con absortos ademanes
Miró, y con ojos estúpidos
En silencio á todas partes.
¿Y VALENTINA? este nombre
De su duelo única frase,
Recuerda á todos á un tiempo
Todo el horror de aquel trance.
¡Mira! dijo el juez cogiéndole
De las manos y arrastrándole
De su pupila hasta el lecho,
¡Mira tu obra, miserable!
¡Dios mio! exclamó Genaro
Con la cabeza abrazándose
De su hermosa Valentina
Que el juez le puso delante:
¡Dios mio! exclamó, y con ella
Segunda vez desplomándose,
Quedó al pié sin movimiento
Del destroncado cadáver.
Brilló una sonrisa horrible,
Aunque imperceptible casi,
Sobre los trémulos labios
Del tutor, y señalándole
Dijo: del crimen, señores,
Las pruebas están palpables,
Horrorízale esa muerte,
Pues la conoce, la sabe.

Tal es la justicia humana,
Los juicios del hombre tales!
La luz del prócsimo sol
Por mas radiante que sale
No pudo á los tres amigos
Iluminar el semblante,
Porque sus rayos no llegan
Al calabozo en que yacen.

Yacen, sí, con la inútil esperanza
De la fé y la razon de su inocencia;
Mas ¡ay! de la justicia en la balanza
Poco pesa por cierto la conciencia.

Nada los dos del lance han comprendido,
Nada responderán, pues nada saben:
Lo que han visto dirán, lo que han oído,
Mas no habrá á quien agraven
El crimen cometido.

A Genaro! imposible! la adoraba,
Mas luz ni pensamiento no tenia;
Solo en ella pensaba,
A ella tan solo por do quier veia.

Mas ¡qué ha de responder, pobre insensato,
A quien la luz de la razon no asiste?
¡Qué ha de decir el triste
Si ni oye, ni pronuncia, ni imagina
Mas que el nombre fatal de Valentina?

Sus ojos con estúpida mirada
Do quiera que las fija se mantienen,
Y ni mira, ni vé, ni piensa nada.
Solo un objeto que en su mente vive
Sus ojos y su mente ante sí tienen,
Que su sér y su luz de ellos recibe:
La pálida y castísima cabeza
De aquella idolatrada Valentina,
Siempre de amor tesoro y de belleza,
Objeto ¡ay Dios! de su mortal tristeza,
Pero siempre á sus ojos peregrina.

El rápido y terrible
Trastorno universal de sus ideas,
Solo este objeto le dejó visible,
Y aquel contorno pálido y sangriento
Aquel rostro agostado y macilento
Tan solo á sus sentidos perceptible,
Es la oculta razon de su demencia,
Y el móvil de su mísera existencia.
Ya ante su vista como blanco sueño
Benéfica vision consoladora
Le presenta risueño,
Y el pobre loco en su ilusion la adora.
Ya cual sombra fatídica enojada
En las nocturnas horas evocada
De Genaro á los ojos se presenta,
En roncas voces demandando airada
De su venganza dolorosa cuenta:
Y ante ella el pobre loco prosternado
Contemplando su sangre horrorizado,
Se agita y se amedrenta.

Y los ayes que exhala en su despecho
El angustiado mozo
Estremeciendo el cóncavo y estrecho
Y oscuro calabozo,
Llegan del carcelero hasta el oído,
Que á su voz suspirando estremecido
Compadecce su afán desde su lecho.

En vano á recio poste maniatado,
De sus amigos por piedad velado
Está continuamente,
Mas fiero cada día y mas demente
Se torna el desdichado.
En vano demandáronle los jueces
Declaracion verídica y su cinta
De la fatal historia de la quinta;
Por mas que repitiéndole mil veces
La idéntica pregunta
Nunca mas respondió que inensateces,
Y de ellas nada el tribunal barrunta;
Nada por él descubre ni adivina.
Y si por caso el que demanda nombra
A su bella y perdida Valentina,
Ante él evoca su tremenda sombra,
Y el infeliz Genaro en el instante
A su nombre funesto enloqueciendo,
Con sus gritos la sa'a ensordeciendo,
Con su ademan y gesto delirante
Demuestra lo que su alma está sufriendo:
Y de su arcada en su ilusion amante
La cabeza fatal tiene delante.
Los jueces de su mal enternecidos
Compasivos le absuelven,

Y á su prision le vuelven
De donde salen pocos,
Mas de donde él saldrá sin duda alguna
Para dar por su pésima fortuna
En una jaula de hospital de locos.
¡Ay! pobre amante, cuyo amor tan raro
Te obliga á rescatar tu triste vida
Con tu razon, y en tu razon perdida
Tu salvacion está! ¡Pobre Genaro,
Que al hospital del calabozo pasa,
Cuánto le cuesta caro
El hospedaje de su nueva casa!

III.

Eran seis años despues.
¡Quién diablos mentaba ya
Ni á la hermosa degollada,
Ni al loco del hospital?
Los bienes de la pupila
Gozaba el tutor en paz,
Y si á alguien pertenecian
No osaba de ellos hablar.
Que era el juez hombre de cuenta,
Y en sus manos ademias
Estaba el látigo puesto
De la justicia humanal.
Así las mas de las veces
Las cosas del mundo van!
Pero cortemos á tierapo
Esta charla lenguaraz,
Pues á los críticos toca
Maldecir y murmurar:
Pues tienen ya la costumbre
De encontrarlo todo mal,
Y yo á Dios gracias encuentro
Que bien este mundo vá
Y . . . con mi cuento prosigo.
No lejos de la ciudad
De Córdoba, y de Sevilla
Sobre el camino real,
Habia en mil setecientos,
Año menos ó año mas,
Un famoso ventorrillo
Llamado del Sarmental.
Ventorrillo se llamaba
Y con justicia en verdad,
Pues á la altura de venta
No supo nunca llegar.
Era una mansion cuadrada
Que con perfecta equidad
Cerraba en sola una pieza
Cocina, cuadra y pajar.
Es decir que el ventorrillo
Era, hablando en realidad,
Un portal que á duras penas
Pudiera ser palomar,
Donde á comer ni á dormir
Se han detenido jamas
Sino pobres peregrinos,
Mendigos ó gente tal.

En una tarde de Marzo,
Y como dicho se está
Del año mil setecientos,
Del ventorrillo al umbral
Dos mancebos platicaban
De continente galan.
Lloraban de gozo entrambos
Hablándose con afán,
Y tiernamente abrazándose
Y tornándose á abrazar,
Dándose pruebas continuas
Del cariño mas cordial,
Preguntando y respondiéndolo
Sin dejarse respirar.

EL UNO.

¿Con que de Florencia?

EL OTRO.

Sí.

EL PRIMERO.

¿Bueno del todo?

EL SEGUNDO.

No á fé;

Por mas que lo procuré
Jamás me restablecí.
Muy débil quedóme el juicio,
Y hay, Federico, ocasiones
En que tengo distracciones
Que parecen maleficio.
Mas del trabajo á favor,
Mi cuerpo se robustece
Cada dia, y me parece
Que voy de bien á mejor.

FEDERICO.

¿Con que trabajas?

EL OTRO.

Me afano.

FEDERICO.

¿Y utilidad te reporta
Tu trabajo?

EL OTRO.

Nada corta,
Que estudié mucho y no en vano.

FEDERICO.

Siempre te fué la escultura
Arte predilecto.

EL OTRO.

Nombre
Y honra me dió, y soy otro hombre
Desde mi fatal locura.

FEDERICO.

¿Mas cómo fué de ese mal
La curacion?